

BUTTERFIELD Y LA RAZÓN HISTÓRICA

HERBERT BUTTERFIELD, EL HISTORIADOR SITUADO

Butterfield nace con el siglo XX¹ en un pueblecito de la campiña inglesa, Oxenhope, perteneciente al West Riding de Yorkshire, el condado que otrora viera crecer a las hermanas Brontë. Su rústica (aunque esmerada) educación no le impide disfrutar de una beca en el *college* más antiguo de Cambridge, Peterhouse,

¹ «Y allí, tres meses antes de que muriera la reina Victoria, Mary Butterfield se vio postrada en la cama por su primogénito, un niño, el 7 de octubre de 1900. Para un muchacho que nunca podría recordar las fechas (y para un biógrafo al que le apremian), la Providencia intervino haciendo que su edad fuera la misma que la del siglo», cuenta M. Bentley en *The Life and Thought of Herbert Butterfield. History, Science and God*, CUP [UK], 2011, p.16. Esta biografía constituye un precioso trabajo de reconstrucción del personaje que sigue, por cierto, las normas metodológicas que su protagonista estableciera —y al que, por tanto, habría entusiasmado: extremadamente escrupulosa con los documentos y demás «evidencia», la biografía nos brinda un relato de las cosas «tal como esencialmente [parece que] ocurrieron», permitiéndonos revivir el pasado con imaginación simpatética y sin incurrir en distinciones tediosas y sumamente artificiales entre «lo personal», «lo académico» y «lo intelectual»—. Este retrato del hombre que fue Herbert Butterfield no sólo es más verosímil sino también más benevolente que el que puede extraerse de las referencias que se le dedican en obras tan cercanas a su ambiente que caen más bien en el chismorreo, como las debidas a Noel Annan: *Our Age: Portrait of a Generation* (Londres: Weidenfeld and Nicholson, 1990) y *Dons: Mentors, Eccentrics and Geniuses* (Londres: HarperCollins, 1979).

del que con el tiempo se convertiría en director (1955-1968). El libro que el lector tiene en sus manos es un eslabón clave en la transformación del joven predicador metodista que Herbert Butterfield todavía era en sus primeros años cantabrigenses en el historiador original e irreverente que acabaría ostentando el título de *Regius Professor of Modern History* (1963-68). Escrito cuando su autor, de 31 años, estaba ya casado, plenamente integrado como *Fellow* en la vida del *college* e impartiendo clases en la Universidad, este original ensayo pronto se convertiría en foco de una significativa controversia académica al tiempo que en un inesperado éxito editorial. Sátira inmisericorde del optimismo político y antropológico liberal, a ningún lector culto debería extrañar la inclusión ahora de este escrito canónico de la historiografía en una colección de clásicos del pensamiento europeo.

Y es que para Butterfield la historia es pensamiento: pensamiento sobre el pasado, pero también un pensamiento sobre qué significa adentrarse en el pasado, lo que implicará a su vez una reflexión sobre la condición del sujeto que hace o que aprende historia. La historia es, por eso y ante todo, crítica de la razón histórica. De ahí que, tanto en la búsqueda de comprensión que anima todos sus textos históricos, como en la severa diatriba contra los sesgos historiográficos que vertebra esta su obra más famosa, y no menos en su cuasi-anacrónica intuición providencialista, en Butterfield siempre encontramos la necesidad de compatibilizar un afán cuasi-positivista por alcanzar certezas fácticas y, por tanto, máximamente objetivas, con el ejercicio de una introspección imaginativa, empática y reflexiva, encendida de reverberaciones románticas.

No en vano, la disciplina histórica que practica Butterfield es una delicada componenda entre las tendencias humanístico-románticas que en él precedieron a su formación univer-

sitaria y la vocación más técnica e industrial que adquiriría también en sus años preuniversitarios y, sobre todo, una vez instalado en Peterhouse. Un compromiso, en definitiva, entre religión y ciencia, entre espiritualidad y técnica o entre imaginación simpatética y despegada asepsia. No es extraño por eso que su vocación histórica le sobreviniera en la forma de un compromiso propuesto por su *headmaster* en la Keighley Trade and Grammar School² y que diera sus primeros pasos como investigador de la mano de Paul Vellacot³, a quien está dedicado este libro y quien, a pesar de su obsesión fetichista por los hechos históricos, concebía la historia como una disciplina de comprensión del ser humano muy cercana a la literatura y muy consciente de su irreductible condición gráfica.

Este acercamiento por así decir romancesco a la historia está presente a lo largo de toda su *opera prima*, donde, a propósito de la novela histórica, se ocupa largamente de la imaginación empática y del destino en última instancia literario de la escritura histórica⁴. Aun cuando en su madurez, en declive ya su juvenil interés por la novela histórica, Butterfield dejará de enfatizar esa familiaridad entre ficción e historia (y por tanto entre escritura literaria y escritura histórica); y aun cuando en conse-

² Véase K. C. Sewell, *Herbert Butterfield and the Interpretation of History*, Palgrave Macmillan, NY, 2005, p.16) y Bentley, *op. cit.*, p. 31.

³ En realidad, su primer tutor en Cambridge fue Temperley, un historiador positivista de escasa penetración intelectual y cuyos escritos habían contribuido no poco a engrosar esa interpretación *whig* de la historia contra la que aquí arremete Butterfield. Pero, como dice su más reciente biógrafo, «si Vellacot rescató a Butterfield de la vergüenza social, le prestó otro servicio más vital y permanente al salvarle de Harold Temperley» (Bentley, *op. cit.*, p. 40).

⁴ *The Historical Novel: An Essay*, CUP, Cambridge (UK), 1924 (desde ahora, *HN*). No es extraña esa intención ensayística programática que se pone de manifiesto ya en el propio subtítulo del libro. Además, la escritura en largos y complicados periodos, aderezados de un léxico rico y arcaizante, desvela una vocación literaria de la escritura histórica que acompañará a su autor toda la vida.

cuencia rechazará de plano que la historiografía, orientada a la búsqueda de una verdad cada vez más elevada, pueda equipararse a una forma de crítica literaria⁵, Butterfield siempre conservará una aguda conciencia de que la historia es un constructo humano⁶ y, primordialmente, de que la historia es escritura⁷. Como se verá después, la historia no será pues un mero proceso de abstracción o de estilización de la vida humana del pasado sino, sobre todo, una cierta forma de identificación imaginativa que exige una experiencia y, por tanto, una implicación total del individuo; es decir, una implicación que conjura todas las facultades, potencias y pasiones del alma⁸.

LOS ACUSADOS

La interpretación whig de la historia es un libro clave en la trayectoria de Butterfield porque en buena medida explica la génesis de su pensamiento historiográfico. Tanto la explica que, por así decir, la señala o la muestra. Sus lectores y colegas no ocultaron su perplejidad por el modo tan aparentemente natural con que, al comienzo de este libro, se refiere a «la interpretación

⁵ *Man on His Past. The Study of the History of Historical Scholarship*, CUP, Cambridge (UK), 1955, p. 3. Hacia el final del libro, Butterfield reconoce aristotélicamente cierta superioridad de la literatura frente a la historia técnica precisamente por la plenitud de su mirada.

⁶ Bien pudo ser su amigo John Oakeshott quien persuadiera a Butterfield de aceptar cierto grado de constructivismo (véase Bentley, *op. cit.*, p. 298), pero siempre limitado por su persistente adherencia —nada ingenua— al hecho histórico.

⁷ De ello son muestra no sólo este librito, sino otros de los más conocidos de Butterfield: *Englishman and His History* (1944) y *Man on His Past* (1955).

⁸ No en vano, la historia no puede constituir, en sentido estricto, ejemplo alguno, porque cada caso es absolutamente singular y no puede ser ejemplo de nada: las generaciones en historia pierden «contacto con la carne y la sangre» (HN, p. 71).

whig de la historia» en el que él, Herbert Butterfield, «consideraría el sentido aceptado de la expresión». Y ese sentido que supone aceptado abarca, añade, todo cuanto «se entiende habitualmente por esas palabras». Una naturalidad del todo impostada pues, como habría de reconocer un comentarista temprano de la obra⁹, jamás se había oído semejante expresión con anterioridad: y es, sin duda, un indicio del éxito académico y editorial del libro el que, con el paso del tiempo, lo que en su día no fue sino una innovación encubierta del propio Butterfield, la idea de una «interpretación *whig* de la historia», se haya convertido efectivamente en el «sentido aceptado de la expresión», que comprende todo cuanto «se entiende habitualmente por esas palabras». Una fanfarronada feliz, la de ese bizarro comienzo.

En lo que sigue, el texto no se muestra mucho más locuaz a la hora de señalar fuentes e interlocutores. Resulta especialmente llamativo en un ensayo que adquiere modales de panfleto lo reacio que se muestra a especificar quiénes son aquéllos que constituirían el verdadero objetivo del ataque. Esto da pie a una malintencionada apreciación de Carr según la cual, a lo largo de todo el libro, Butterfield sólo menciona un historiador, Lord Acton, que no es *whig*¹⁰, mientras que sólo alude a un político *whig*, Fox, que no

⁹ Carl Becker en una reseña publicada en *The Journal of Modern History*, 4, 2, 1932, pp. 278-9.

¹⁰ Carr lo dice en su famoso libro *¿Qué es la historia?* (*What is History?*, Londres, 1961, p. 35). Sin embargo, no es justo cuando dice esto: la *Historia de la libertad* de Acton, a pesar de sus virtudes como obra histórica, cuadra perfectamente con la descripción que Butterfield brinda de interpretación *whig*. Además, la sensibilidad moral que está presente en toda su obra, y en especial su concepción de la historia religiosa, convierte a Acton en un autor cuyo perfil encaja admirablemente en el retrato del escritor *whig* —y ello a pesar de su catolicismo, que es, no podía ser de otro modo, beligerante, antipapista y disidente—. En cuanto a la cercanía política de Acton con el parlamentarismo *whig* léase J. J. Auchmuty, «Acton: the Youthful Parliamentarian», *Historical Studies*, 9, 1959/61, pp. 131-9. Tampoco es verdad que no cite a ningún otro historiador, como lo demuestra la alusión a M. Lucien Romier en la página 83 de la presente traducción.

fue historiador¹¹. Quizás por eso mismo Butterfield decidió años después (1938) consagrar toda una serie de conferencias impartidas en Alemania a elucidar la obra de aquellos historiadores que convirtieron la interpretación *whig* del pasado británico en algo tan propio del país como los grandes taxis negros y los autobuses de dos pisos rojos¹². Así pues, como se empeñará en mostrar ya entrados los años 40, los *whig* que son objeto de crítica en este libro no son, en absoluto, los políticos que conforman el ala más progresista del parlamento británico entre los siglos XVII y XIX, sino (sobre todo) los historiadores decimonónicos que ingenuamente identifican el protestantismo con la causa de la libertad¹³. En este libro ataca a los historiadores *whig*, no a los políticos que alabará en libros posteriores. Y las descargas más virulentas están dirigidas contra Lord Acton, como se tendrá ocasión de ver con calma.

Su crítica a Lord Acton brinda, sin embargo, algunos indicios sobre cuáles podían ser algunos de sus objetivos más cercanos —y cuyos nombres quedarían silenciados por razones, ahora sí, bastante comprensibles—. Una pista nos conduce hasta Harold Temperley, su predecesor como *Master* de Peterhouse y con quien nunca rompería su vínculo personal —a pesar de su quizá evidente desprecio intelectual¹⁴—. De hecho,

¹¹ Y para de nuevo contradecir a Carr véase J. R. Dinwiddy, «Charles James Fox as Historian», *HJ*, 12, pp. 23-24. Citado por Keith Sewell, *op. cit.* p. 225, n.2.

¹² O como menos prosaicamente dice el propio Butterfield, una interpretación *whig* que es parte «del paisaje de la vida inglesa, como nuestros senderos campestres, nuestras nieblas de noviembre o nuestras históricas tabernas» (*The Englishman and His History*. CUP, Cambridge [UK], 1944, p. 2; desde ahora, *EH*).

¹³ Parte del material que presentó en aquellas conferencias del año 38 en Colonia, Bonn, Münster y Berlín, donde Butterfield se explaya sobre los que serían los verdaderos objetivos de su ataque a la interpretación *whig* de la historia, es su obra *The Englishman and his History* (1944).

¹⁴ Tanto es así que uno de los propósitos fallidos de su madurez fue la redacción de una biografía que había prometido a los deudos de este (sin duda alguna *whig*) historiador de la diplomacia contemporánea.

Life of Canning (1905), un libro muy reputado de su maestro, constituye una de las más flagrantes muestras de lo que Butterfield denostará como interpretación *whig* de la historia, es decir, como la tendencia a diseccionar maniqueamente el pasado estableciendo bandos de buenos y malos, separando grupos de amigos y enemigos del progreso. No en vano, Temperley resucitó las ideas de Acton sobre la historia en su conferencia inaugural como profesor de Cambridge (1930). Así pues, a diferencia (y en contra) de Temperley, en este ensayo Butterfield toma partido por Ranke y su defensa de la neutralidad valorativa del historiador, una postura que —se volverá sobre ello— Acton no vio en absoluto con buenos ojos *whig*¹⁵.

No obstante, otra pista nos conduce hasta George M. Trevelyan, tal y como este mismo sospechaba —según confesó con cierta consternación a Paul Vellacott¹⁶—. De hecho, Butterfield relata medio siglo después, en una entrevista con C. T. McIntire, que recibió el impulso de pensar en las líneas generales de este ensayo tras su disconformidad, antes incluso de graduarse, con el modo en que Trevelyan había tratado la figura de Charles James Fox y su papel en la Gran Reforma de 1832¹⁷. No obstante, los buenos oficios de Vellacott convencieron a Trevelyan de la reverencia que le profesaba el joven Butterfield y, a partir de ese momento, se limaron todas las asperezas y el *whig* Trevelyan ya estuvo siempre del lado del joven historiador. De hecho, conociendo el interés de Butterfield por la figura de

¹⁵ Sobre las críticas de Acton a la neutralidad valorativa de la escuela alemana véase Acton, «German Schools of History», *EHR*, 1, 1886, p. 13 y «The Study of History», *Lectures on Modern History*, 1906, pp. 7 y 18-19. Esta obra será citada abundantemente en el ensayo que es aquí objeto de interés.

¹⁶ Bentley, *op. cit.*, p. 100; C. T. McIntire, *Herbert Butterfield. The Historian as Dissenter*, Yale UP, p. 78.

¹⁷ Lo hace en *Lord Grey of the Reformed Bill* (1920), pero un libro posterior, *History of England* (1926), es también una obra maestra de historia *whig*.

Fox, puso en sus manos una copiosa herencia epistolar con la que le encomendaba realizar una empresa que nunca llega a abordar con la plenitud que se esperaba de sus bríos: una biografía que captara toda la vivacidad y los pliegues del personaje¹⁸.

También ha de tenerse en cuenta que poco antes de re-dactar este librito había caído en manos de Butterfield el texto de R. H. Tawney *Religion and the Rise of Capitalism*, una obra de burda ingeniería histórica donde se canaliza toda la complejidad de los fenómenos religiosos de la modernidad en un sólido puente de sentido único encaminado hacia el capitalismo y el progreso¹⁹. Y hasta puede que haya influido en su ánimo un tanto burlesco una obra bufa, la que con el estrambótico título de *1066 y todo eso: una memorable Historia de Inglaterra que comprime todas las partes que puedas recordar, incluyendo 103 cosas buenas, 5 reyes malos y 2 fechas auténticas*²⁰ realizaba una parodia de los métodos conservadores de enseñanza de la historia. Sin embargo, en ese páramo de referencias que es *La interpretación whig de la historia* merece todavía la pena destacar una influencia tácita pero quizá determinante, y esta vez además en sentido positivo: se trata de la obra del historiador británico

¹⁸ El relato aparece en McIntire, *op. cit.*, pp. 78-9. Bentley cuenta que, con el tiempo, «[e]l silencio sobre Fox se había transformado en una dificultad social: la gente fingía no advertirlo, como si trataran de evitar hacer una penosa referencia a un familiar difunto» (p. 361; *cf.* p. 365, cuando finalmente empaqueta los documentos sobre Fox que le enviara Trevelyan ya en el año 1975). Pero todo lo que logra juntar al final es una insatisfactoria disertación sobre «Sincerity and Insincerity in Charles James Fox», que constituirá su *Raleigh Lecture on History*, y que verá la luz como artículo en *Proceedings of the British Academy*, 1972, 57, pp. 1-27.

¹⁹ Escritos como éste estarían bien resumidos en la máxima simplista criticada por Butterfield en la página 116 de la presente traducción: «El capitalismo es la contrapartida social de la teología calvinista» (véase Bentley, *op. cit.*, p. 100).

²⁰ W. C. Sellar y R. J. Yeatman, *1066 and All That: A Memorable History of England, comprising all the parts you can remember, including 103 Good Things, 5 Bad Kings and 2 Genuine Dates* (Londres, 1930).

Samuel Rawson Gardiner, a cuyo trabajo, según sostendrá Butterfield una veintena de años después²¹, se debe el declive de esa historia «heroica» inglesa que aquí se tacha de *whig*. El derroche de penetración simpatética de Gardiner en la narración de la historia constitucional del siglo XVII británico es tan sensible a la complejidad de las contiendas y a la subjetividad de los contendientes como distante de la causa que los enfrentaba, por lo que constituyó para Butterfield una admirable lección práctica de historiografía.

Y LA ACUSACIÓN

Antes de escudriñar su contenido, conviene parar mientes en algunas ambigüedades del libro que —más allá de su falta de fuentes y referencias— pueden dificultar su lectura. Y es que todas las palabras categoremáticas del título parecen encerrar varios —y confudentes— sentidos. Por un lado, «*whig*» no refiere a los políticos *whig* del Parlamento, sino a una característica del pensamiento histórico que sólo guarda alguna afinidad con dicha filiación política. Escritores *whig* pueden ser perfectamente autores *tories* como el obispo William Stubbs o católicos como Lord Acton: basta con que un presentismo políticamente sesgado los lleve a emprender un estudio partisano del pasado en aras, además, de glorificar el presente parlamentario británico. Lo llamativo del libro es que el significado preciso de este adjetivo que le da título no quedará suficientemente fijado hasta que se conozcan (y acepten) las tesis que se establecen en su desarrollo. Por otro lado, la palabra «interpretación», como se verá

²¹ «The Tragic Element in Modern Conflict», *History and Human Relations*, Collins, Londres, 1951, pp. 12-3 (desde ahora, *HRH*).